

- Alfonso, Domingo *El libro principal & Un transeúnte cualquiera*. La Habana, Editorial Letras Cubanas, 2008. 165 pp.

Los poetas que integran la Generación de los Años Cincuenta, llamada también Primera Generación de la Revolución, se adentraron en el conocimiento de la poesía cubana en momentos en que ya había cristalizado el universo ideológico del grupo Orígenes, encabezado por José Lezama Lima, el neorromanticismo que comandaba José Ángel Buesa y arrastraba a un considerable número de epígonos y

William Carlos Williams, el nicaragüense Ernesto Cardenal y el chileno Nicanor Parra. La eclosión de este estilo del discurso poético en nuestro país en los años sesenta, marcado por el proceso de transformaciones revolucionarias y la profusión de discursos, carteles, lemas y consignas, tenía también sus antecedentes nacionales, como demostraban los poemas prosaístas de José Z. Tallet, "La canción del sainete póstumo", de Rubén Martínez Villena, y *Conversación a mi padre* (1949), de Eugenio Florit. Arropada por intere-

el intimismo que se hacía sentir con gran fuerza en los versos de Dulce María Loynaz y de otros autores. Mas puede afirmarse que ninguno de ellos siguió de un modo fiel algunas de esas corrientes, al margen de que hubieran podido aprovechar ocasionalmente algunas de sus aristas.

En cambio sí puede apreciarse que casi todos ellos asimilaron los postulados de la llamada poesía conversacional o coloquial, cuyos representantes inmediatos, en el extranjero, tenían por nombre los norteamericanos Ezra Pound y Wi-

ses políticos circunstanciales, la poesía conversacional disfrutó de la preferencia oficial y fue enarbolada como la expresión poética idónea para aquellos tiempos trascendentales.

Al conversacionalismo se adscribieron con entusiasmo Roberto Fernández Retamar, Fayad Jamís, Manuel Díaz Martínez, Rafael Alcides, Heberto Padilla y César López, entre otros autores de esta generación. También debe ser incluido en esa lista Domingo Alfonso a partir de la aparición de su cuaderno *Poemas del hombre común*, impreso en 1964, al que le siguieron los libros *Historia de una persona* (1968), *Poemas del buen humor* (1979), *Esta aventura de vivir* (1987) y *Vida que es angustia* (1998). Como una especie de resumen de todo este constante quehacer creativo nos ha entregado ahora el presente volumen, conformado por dos secciones: la primera, titulada "El libro principal", engloba los que el autor consideró sus mejores treinta poemas; la segunda lleva por título "Un transeúnte cualquiera" y contiene alrededor de medio centenar de composiciones que aún conservaba inéditas.

A diferencia de los poetas de su generación, Domingo Alfonso demostró desde muy temprano un mayor interés en el universo que rodea al "hombre común" que en los acontecimientos relevantes de acuerdo con los historiadores y los medios de información. Fue por ello que se detuvo con mayor deleite en lo inmanente, en el detalle, en el objeto y en los elementos aparentemente primarios. De esa forma su poesía perteneciente a la primera etapa demostró ser más sensorial y se materializó a través de la mirada, de la observación, del oído, aunque pudiera

# Re-Señas de Libros

## Re-Señas de Libros

Por JORGE DOMINGO CUADRIELLO

apreciarse además una lectura, una revalorización del detalle, de lo que bien pudiera pasar por insignificante. Una vez en este sendero arribó a conclusiones sorprendentes, como afirmar que un par de zapatos son “semejantes a una pareja de rosas” (“Con un par de zapatos nuevos entre las manos”). Más que epatar o provocar escándalo, el autor ponía así de manifiesto una sensibilidad diferente, desmarcada de la lírica ensoñación de rosas, cisnes y jardines de décadas anteriores.

El conjunto temático de Domingo Alfonso incluye un erotismo de honda carnalidad y, sin que resulte incongruente, interrogantes metafísicas, de lo cual dan fe, respectivamente, los poemas “El mayor homenaje” y “Pregunta”, que consiste en la duda: “¿Qué he dejado a mi paso / por ministerios y salones, / por andenes y casas, / por museos y hospitales y muelles, / aparte de las pisadas, / la suciedad, el polvo y el desgaste?” En otros momentos su certeza se declara a través del disfrute de experiencias cotidianas y sencillas, como observar el amanecer (“Matinal”).

Sería un error no apreciar en este volumen el proceso evolutivo de la poesía de este autor, que ha transitado, sin una radical fractura, de la realidad inmediata a la mirada interior. En sus últimos poemas se aprecia el tono reflexivo del hombre, no solo común, que viene de regreso, cargado de experiencias y, como indica el que lleva por título “Aquí”, consciente de la fugacidad de la vida. Gracias a esa maduración de las vivencias acumuladas el poeta puede llegar a decir con sencillez: “Agradezco los dones que Dios / Derramó sobre mi vida humilde” (“Informe personal”).

- Pérez Castillo, Ernesto *Bajo la bandera rosa*. La Habana, Editorial Letras Cubanas, 2009. 93 pp.

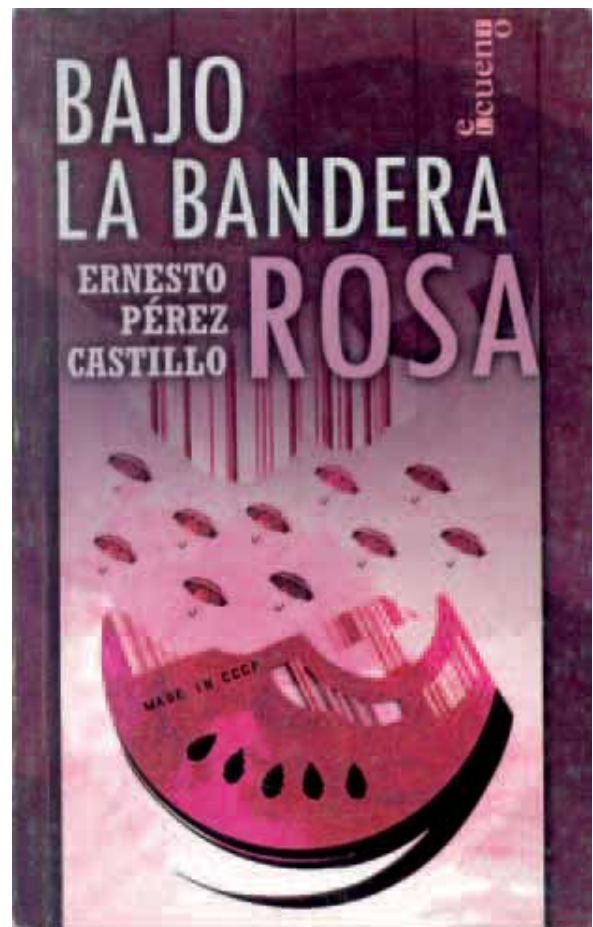
La peculiar situación sociopolítica cubana ha servido en los últimos años de motor impulsor para no pocos narradores, quienes han visto en ella sustanciosas formas de recrear la realidad, dejar testimonio, formular críticas mordaces, provocar la risa y la

reflexión o manifestar un desengaño colectivo. Entre esos autores se encuentran Pedro Juan Gutiérrez, Ángel Pérez Cuza, Julio Travieso y Francisco García González. A esa relación ha venido a incorporarse ahora Ernesto Pérez Castillo con *Bajo la bandera rosa*, volumen integrado por seis cuentos independientes, aunque relacionados entre sí por algunos personajes y episodios compartidos en el contexto ambiental de La Habana de hoy.

La lucha diaria por la supervivencia, la degradación económica del país, la pérdida de valores éticos, las carencias materiales de la población, el uso de vías ilegales para lograr el sustento necesario, el alcoholismo, el soborno, la prostitución y el “jineterismo” son algunas de las aristas que ofrecen estos cuentos, unas veces a través de individuos marginales, de buscavidas o de orientales que han emigrado a la capital en busca de mejorar su situación y otras veces por el apremio circunstancial que lleva a unos a criar un cerdo en el baño, a buscar en los latones de desperdicios o a cometer sacrificios clandestinos de ganado. Mas en todo momento la perspectiva asumida por el autor se encuentra signada por el choteo criollo, la ironía, el desenfado conceptual y expresivo, la irreverencia y el descreimiento. Hasta la muerte de uno de los personajes, atropellado por un ómnibus, es presentada de un modo grotesco. Y una vez tomado ese rumbo es causa de burla lo mismo la autoridad policíaca, académica o administrativa y la figura de Lenin que el derrumbe del sistema socialista en la Unión Soviética, los jóvenes comunistas cubanos y los actos políticos de

pioneros y cederistas. Incluso, con el fin de exponer con crudeza el recurso extremo al que han descendido los que “bucean” en los tanques de basura, el autor apeló a la parodia de una oración de José Martí perteneciente a su artículo “Tres héroes”: “Cuando muchos hombres pierden el espíritu buzístico, hay hombres que reúnen en sí el espíritu buzístico de muchos hombres” (p. 37).

Con una actitud seria, objetiva, analítica, de preocupación por el futuro inmediato, no pocos sociólogos, politólogos e investigadores hoy se encargan de estudiar minuciosamente, como entomólogos, el evidente e innegable deterioro de la sociedad cubana. Ernesto Pérez, por el contrario, observa esa realidad para crear ficciones que reflejen nuestro presente y, entre carcajadas, lanzar una sonora trompetilla de despedida a un proyecto que para muchos se convirtió en agua de borrajas.



- Fariñas Borrego, Maikel *Sociabilidad y cultura del ocio. Las élites habaneras y sus clubes de recreo (1902 - 1930)*. La Habana, Fundación Fernando Ortiz, 2009. 238 pp.

El asociacionismo conoció en Cuba a partir de los años finales del siglo XIX un momento de auge que coincidió, no de modo fortuito, con el proceso de descomposición del régimen colonial, la influencia de los patrones sociales procedentes de los Estados Unidos y el paulatino ingreso de nuestra isla a las normas de lo que se considera la civilización occidental. La promulgación en 1888 de la Ley de Derecho de Asociación le había concedido pleno estatus legal a las agrupaciones ya constituidas entonces, como la Unión Club de La Habana (1880) y el Centro Asturiano de La Habana (1886), y facilitó el surgimiento de nuevas asociaciones de índole científico, religioso, cultural o benéfico. Al

concluir la Guerra de Independencia la considerable comunidad española asentada en suelo cubano, como un mecanismo de autoprotección, además de consolidar las agrupaciones con que contaba dio vida a otras nuevas a lo largo del país, entre las que estuvieron la Colonia Española de Manzanillo y el Casino Español de Matanzas, en 1899, y el Centre Catalá, en 1905. En los años siguientes incontables individuos aunaron sus esfuerzos para crear organizaciones fraternales, políticas, de recreo o de instrucción, con lo cual contribuyeron a hacer mucho más amplio y diverso el espectro del asociacionismo en Cuba en el período republicano.

En realidad este fenómeno no ha sido objeto de un profundo estudio por parte de los investigadores cubanos, en su mayoría más interesados en analizar los mecanismos de poder económico y político de las clases hegemónicas o de los movimientos insurreccionales que perseguían a través de la acción un cambio radical del sistema injusto e hipertrofiado imperante. Conscientes de ese vacío, en los últimos tiempos algunas áreas del asociacionismo han sido abordadas por los historiadores cubanos, entre ellos María del Carmen Barcia y Carlos Reig, quienes de modo respectivo realizan investigaciones acerca de la sociabilidad popular y deportiva. Dentro de esta corriente historiográfica se ubica el presente texto de Maikel Fariñas Borrego, que sin lugar a dudas constituye una diáfana radiografía de los más representativos clubes de recreo que funcionaron en nues-

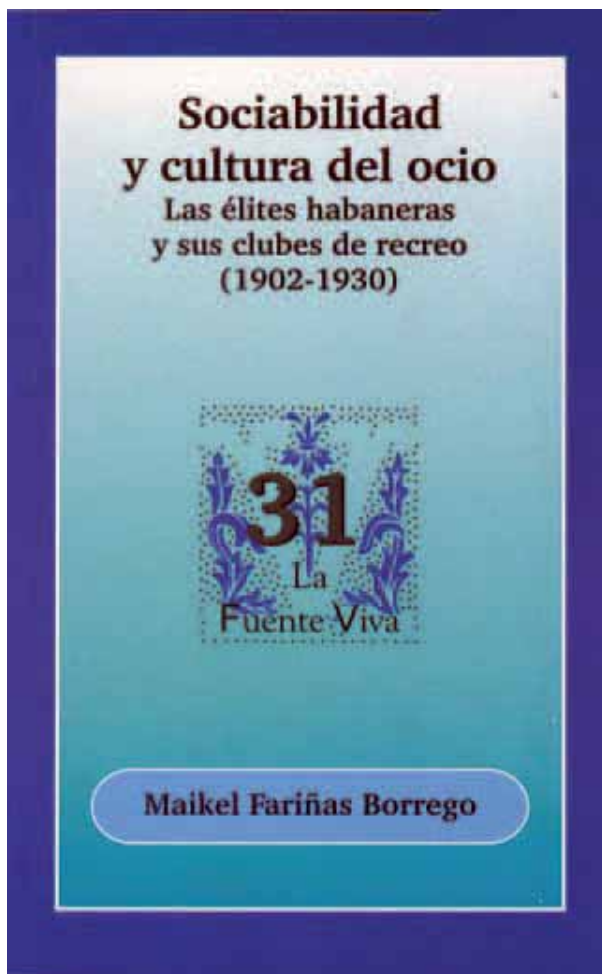
tra capital durante la etapa republicana, aunque se haya limitado el período de estudio a los años comprendidos de 1902 a 1930.

Aquellas asociaciones, que el autor ejemplifica por medio del Habana Yacht Club (1886), el Vedado Tennis Club (1902), el Miramar Yacht Club (1926) y el American Club (1901), lejos de poseer un carácter cultural, benéfico o religioso, eran centros elitistas de los sectores del poder económico y político en los cuales se cohesionaba su hegemonismo, se marcaban jerarquías sociales y se trazaban cánones de conducta y de valoración humanas, más allá del móvil inicial de la entidad: la práctica de determinados deportes como el yatismo o el tenis.

Con el fin de ofrecer un recuento de sus orígenes, el autor se remontó al surgimiento de las sociedades tipo yacht club en Irlanda y Gran Bretaña en la primera mitad del siglo XVIII para después exponer el impulso que cobró en los Estados Unidos a lo largo de la siguiente centuria. Ya en los ámbitos hispanoamericanos y caribeños, las primeras agrupaciones de ese carácter se constituyeron en Argentina (1883), Jamaica (1884) y Cuba (1886). De La Habana se extendieron más tarde a Gibara, Cienfuegos y otras ciudades del interior del país.

El rápido poder económico y social alcanzado por estos clubes puso al descubierto la naturaleza de su membresía, integrada lo mismo por banqueros, empresarios y grandes comerciantes como por políticos influyentes, del gobierno o de la oposición, profesores universitarios, médicos y abogados de numerosa clientela, aunque con el transcurso del tiempo se abriera un poco más a los sectores de la clase media. Suntuosos palacios sociales con rico mobiliario y un servicio que incluía playa, piscina, restaurante, salones, bares, habitaciones, biblioteca y barbería sirvieron de sede a estas entidades de elevado nivel social en las cuales su principal razón de ser recayó en la celebración de fiestas, bailes, banquetes, homenajes y algunas competencias deportivas.

Toda aquella sociedad, con sus diferencias y sus estratos internos, su





sistema de gobierno y de funcionamiento, dentro del contexto general de la sociedad cubana, aparece muy bien retratada en este libro de Maikel Fariñas. Sus acertadas y bien equilibradas valoraciones no toman como punto de partida el repudio a una agrupación que practicaba la discriminación de varias formas. En sus análisis se aprecia madurez y en sus bases documentales un amplio repertorio de fuentes bibliográficas.

Sólo dos gazapos han llamado nuestra atención: El primero: el autor confundió al abogado Ramiro Cabrera con su padre, el escritor y periodista Raimundo Cabrera, fallecido en 1923, y erróneamente le adjudicó a éste un viaje marítimo en 1928 con Carlos Miguel de Céspedes, Secretario de Obras Públicas (p. 139). El segundo: acerca de José Emilio Obregón, presidente en 1930 del Vedado Tennis Club –importante dato que no se encargó de anotar–, declara que era suegro de Gerardo Machado (p. 118). En realidad era yerno de éste, pues estaba casado con una de sus hijas.

Y dado que hacemos mención a este gobernante de infausta memoria no podemos dejar de manifestar nuestra extrañeza ante el reiterado calificativo que se hace de “intentona golpista contra el presidente Gerardo Machado” (p. 73) al movimiento que en agosto de 1931, cuando ya había violentado la Constitución e impuesto un régimen de fuerza, pretendió sacarlo del poder. En aquel levantamiento fueron asesinados por el ejército Francisco Peraza, general de la gesta emancipadora del 95, y muchos de sus compañeros.

Al margen de esos detalles, *Sociabilidad y cultura del ocio...* es una obra valiosa que hace aportes al conocimiento de la sociedad cubana durante la República. Ojalá sirva también para animar otras investigaciones similares sobre el rico mundo de las asociaciones cubanas de diferente tipo.

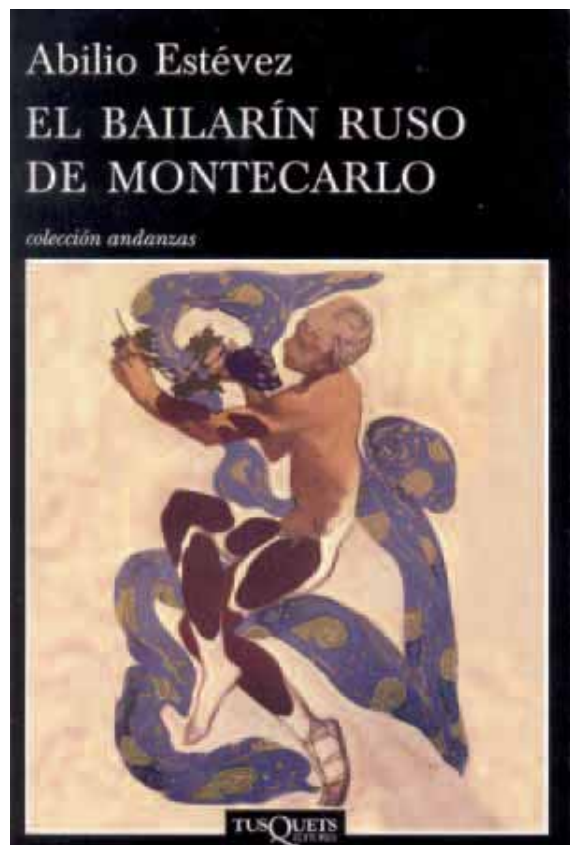
- Estévez, Abilio *El bailarín ruso de Montecarlo*. Barcelona, Tusquets Editores, 2010. 194 pp.

Después de haber terminado con *El navegante dormido* (Barcelona, 2008)

la trilogía que inició con *Tuyo es el reino* (Barcelona, 1997), Abilio Estévez ha dado a conocer esta novela que, si bien posee recursos narrativos similares a las obras anteriores, cuenta, por otra parte, con características muy propias. En esencia, podemos decir que nos ofrece la historia peculiar de “un pobre hombre que bien pronto, recién salido de la adolescencia, decidió retirarse de la batalla” (p. 25). Constantino Augusto de Moreas, sesentón, soltero, miope, feo y cojo, en su primer viaje al extranjero, con el fin de participar en la Universidad de Zaragoza en un congreso sobre José Martí, rompe abruptamente el ritmo de su monótona existencia y se lanza a la aventura de marchar por su cuenta

a Barcelona. Ese viaje no calculado, aparentemente gratuito, implica una fuga, una liberación; pero también el deseo de recuperar un pasado personal brumoso y, más aún, la imagen multiforme de un bailarín ruso que apareció en su infancia y, más tarde, reapareció en su juventud, entre las ruinas de lo que había sido el Gran Hotel de San Miguel de los Baños, “ridícula reproducción del Casino que Garnier había levantado en Montecarlo” (p. 97). Con anterioridad, en el cuento titulado “Tosca”, perteneciente al volumen *El horizonte y otros regresos* (Barcelona, 1998), el autor ya había esbozado algunas situaciones y ambientes ahora desarrollados en esta novela. En aquella ocasión el Teatro Principal, también en ruinas, a donde acude el protagonista en busca de un universo artístico desaparecido, igualmente intentaba “imitar el estilo de Garnier”.

Si en *Tuyo es el reino* el autor había empleado como elemento enriquecedor comentarios acerca de los diferentes cuadros que reflejan el martirio de



San Sebastián, mucha más importancia va a adquirir en esta novela una reproducción del boceto de León Bakst para Nijinsky en el ballet *La siesta de un fauno*. Cuando la imagen, inesperadamente, comienza a descomponerse y el bailarín desaparece ante los ojos de De Moreas, éste comprende que tiene que dejar atrás Barcelona y salir a buscarlo. Se inicia entonces su marcha desde esa ciudad hacia la frontera francesa, en compañía de una gorda catalana, propietaria del hostel donde se ha hospedado y persona también marcada por una vida rica en frustraciones. La meta se encuentra en Montecarlo, pero ambos personajes realizan, curiosamente, el mismo recorrido accidentado y clandestino que ante la ofensiva final del ejército de Franco se vieron obligados a transitar los republicanos españoles derrotados setenta años atrás. De igual modo resulta llamativo que la descripción de ese recorrido, después de pasar por la localidad fronteriza de Port Bou y por la ascensión de los Pirineos, se detenga “junto a la tapia del cementerio de Colliure”, donde aún reposan

los restos de uno de los grandes poetas españoles del pasado siglo, Antonio Machado, muerto días después de marchar al exilio.

Por otro lado, no podemos dejar de asociar esa trayectoria con la que en sentido inverso, en los días amargos de la contienda española, realiza Vera, la bailarina rusa, al comienzo de la historia que nos ofrece Alejo Carpentier en *La consagración de la primavera*. ¿Una coincidencia o un homenaje con sordina? Algunos elementos hacen pensar más en la segunda posibilidad: la utilización por Abilio Estévez de ese mismo título para nombrar el último capítulo de su novela y el empleo, con ligeras variantes, de las voces para marcar los ejercicios en la clase de ballet: 1yyý2yyý3, repite Vera; undostrés, undostrés, repite el supuesto bailarín que se hospeda en el hostel de Barcelona.

Al finalizar esta historia de De Moreas ya no podrá decirse de él que sobrevive una “biografía pobre” (p. 15), como se afirmó en el inicio. Ha sido humillado y robado, ha pasado hambre, se encuentra indocumentado, sin pertenencias y sin dinero, ha quemado la posibilidad de regresar a Cuba y ha perdido tanto el álbum de fotos familiares y el reloj Omega como la bufanda que le regaló su madre y el único libro que atesoraba, *Memorias de ultratumba*, de Chateaubriand. Sin embargo, ha comprobado algo que ya sabía “desde la adolescencia: que el tiempo no avanza, que el tiempo no existe si no hay ruta, viaje, desvío, cuadrante, bitácora, barcos y trenes” (p. 192).

*El bailarín ruso de Montecarlo* es una novela sutilmente elaborada con claves, insinuaciones, sugerencias, evocaciones y desgarraduras. Ostenta una buena prosa y sabe crear como complemento de la narración un misterio. Y ya lo aseguró el narrador polaco Jerzy Andrzejewski: “Es difícil no amar un misterio impenetrable”.

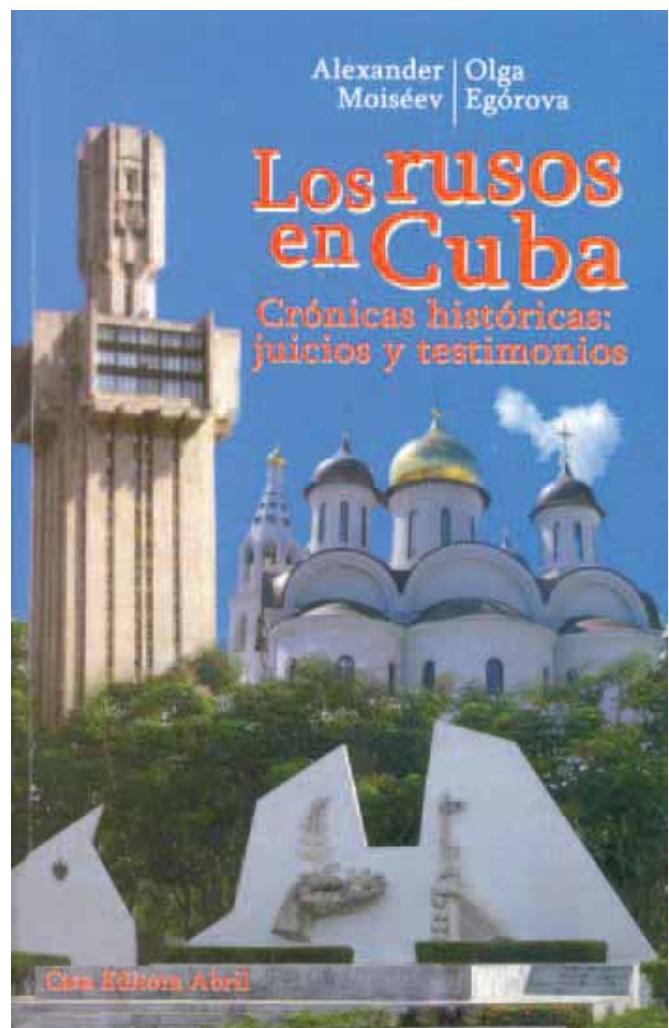
- Moiséev, Alexander y Olga Egórova *Los rusos en Cuba. Crónicas históricas: juicios y testimonios*. La Habana, Casa Editora Abril, 2010. 211 pp.

Resulta insignificante la presencia de rusos en Cuba hasta la terminación del siglo XIX, cierta significación tuvo, en especial en algunas manifestaciones artísticas, durante el período republicano, y se necesitarían varios volúmenes para abarcar la influencia que ejercieron, a veces hegemónica y ya en el contexto general de ciudadanos soviéticos, a lo largo de las tres primeras décadas del proceso revolucionario cubano. Tras la desintegración de la URSS y del campo socialista la incidencia rusa en nuestra sociedad cayó en picada; pero aún hoy mantiene cierta vigencia a través de la comunidad rusa asentada en la Isla y de los contactos culturales, políticos e incluso religiosos entre la Federación Rusa y Cuba.

Con el fin de aproximarse al estudio de dicha presencia Moiséev, último corresponsal del diario *Pravda* en La Habana, y su esposa Egórova, Doctora en Ciencias Históricas, han realizado la presente investigación, que cuenta con un sustancioso proemio de Argel Calcínes, editor de la revista *Opus Habana*. Aunque este libro se halla, por supuesto, muy distante de recoger, incluso de un modo general, la huella completa de los rusos en Cuba constituye un provechoso acercamiento al tema, que viene a sumarse a otros estudios sobre los inmigrantes

japoneses, catalanes, coreanos o italianos en nuestro país, con lo cual se ha podido ir completando el mapa de la formación demográfica, y a veces cultural y lingüística, de la sociedad cubana.

Para evitar adentrarse en un terreno tan vasto, complejo y politizado como las relaciones entre los dos países a partir de 1959, los autores le dedicaron a este período tan solo alrededor de cincuenta páginas, en las cuales acogieron algunos testimonios de profesores y militares rusos ya retirados y reprodujeron comentarios, a veces de un modo excesivamente extenso, de escritores cubanos sobre la presencia rusa en aquella etapa. Con respecto al siglo XIX, anotaron la estancia en nuestro territorio del escritor y viajero Rotchev, quien describió sus impresio-



nes sobre La Habana, y la del biólogo Severs, autor del libro impreso en 1861 *Cuba, la perla de Las Antillas. Curiosidades de un viaje y de una investigación*. También recogieron la ya conocida historia, digna de asombro, de tres jóvenes rusos que en 1896 partieron de San Petersburgo y meses después desembarcaron en Pinar del Río para incorporarse a las fuerzas mambisas.

Con el siglo XX llegó a Cuba la cultura rusa, como bien subrayan los autores, a través de la extraordinaria bailarina Anna Pávlova, los maestros de ballet Yavorski, Vershínina, Leontieva y Yushkievich, y la profesora de canto Mariana de Gonich. Sobre cada uno de ellos ofrecen una información precisa y también le dedican un espacio a Magdalena Rovenskaya de Menasses, la ya legendaria Rusa de Baracoa.

Es de lamentar, sin embargo, que se haya dejado al margen en este apartado, quizás por desconocimiento, valiosos datos que hubieran servido para confirmar aún más la importante presencia de la cultura rusa en aquel período. Por ejemplo, no se menciona que en 1945 se constituyó en esta capital el Instituto de Intercambio Cultural Cubanosoviético, que presidió el polígrafo Fernando Ortiz y organizó conferencias, recitales de música rusa y proyecciones de filmes soviéticos, entre ellos *Alejandro Nevsky* y *1812*. Esa entidad, también con el propósito de difundir la cultura de Rusia y de la Unión Soviética, en general, dispuso de una caseta en las ferias del libro que se celebraron en el Parque Central en 1945 y en 1946, y en enero del año siguiente inauguró en el Capitolio Nacional una gran exposición sobre las artes y el desenvolvimiento social y económico de dicho país. Tuvo además como órgano de divulgación la revista mensual *Cuba y la URSS* (1945-1952), que se encargó de dar a conocer en el ámbito nacional los acontecimientos culturales ocurridos en territorio soviético.

Tampoco recoge el libro que el conocido poeta Vladimir Mayakovski, en viaje de tránsito hacia México, arribó al puerto habanero en agosto de 1925 e inspirado en el ambiente de la ciudad

escribió el poema “Black and White”, que se inicia con estos versos de dolierte actualidad. “Si a La Habana / se la mira de lejos, / es un paraíso, / un país como se debe”. Igual destino padecieron los pintores rusos de origen judío Salomón Lerner y Simón Glezer, quienes residieron en nuestra capital y expusieron sus cuadros en la década de los 40, y el precoz escritor y revolucionario Moisés Raigorodski (El Rusito), nacido en Odesa en 1914 y traído a Cuba de niño, quien antes de cumplir veinte años publicó los libros *Albores literarios* y *Ensayos teatrales*. Tampoco aparecen mencionados el notable compositor y director Igor Markevich y el destacado pianista Alexander Brailowski. El primero estuvo al frente de la Orquesta Filarmónica de La Habana en las funciones que esta ofreció en enero de 1957; el segundo llevó a cabo varias presentaciones en esta capital en 1923, en noviembre de 1940 y en marzo de 1949, las dos últimas en el Teatro Auditórium.

Afirman los autores que “los primeros pasos encaminados al estudio sistemático de la lengua rusa en el país se dieron en 1962” (p. 198), lo cual no es cierto, pues ya en julio de 1946 la revista *Cuba y la URSS*, bajo el título “Curso de Ruso”, aseguraba que a principios de ese mes, bajo el auspicio del Instituto de Intercambio Cultural Cubanosoviético, se había comenzado a impartir clases de idioma ruso con la asistencia de ochenta alumnos. De igual modo declaran que fueron los intelectuales José Manuel Carbonell y Sergio Carbó, en 1911 y en 1920, respectivamente, los primeros cubanos que visitaron Rusia (p. 28). Además del riesgo que implica una afirmación de este tipo, debemos aclarar que mucho antes el periodista Rafael Conte (Marianao, 1877 – La Habana, 1930), enviado por una agencia de prensa norteamericana, durante la guerra rusa-japonesa (1904-1905) se desempeñó como corresponsal en Vladivostok y en otras localidades del oriente del Imperio Ruso. Incluso más tarde, en 1917, tuvo la oportunidad de ser testigo en Petrogrado, al igual que John Reed, de la Revolución de Octubre.

Moiséev y Egórova, por otra parte, anotan que “las relaciones diplomáticas entre la Unión Soviética y Cuba se establecieron en 1942” (p. 177), lo cual es muy cierto; pero no destacan la significación de aquel hecho, pues de esa forma nuestro país se convirtió en el segundo en toda América, después de los Estados Unidos, en reconocer al régimen de Moscú. A partir de entonces la sede de la Legación soviética, situada en 15 y Paseo, Vedado, actual residencia del Embajador de Gran Bretaña, fue escenario de frecuentes reuniones, ágapes, celebraciones y homenajes en los cuales abundaban el caviar y el vodka y coincidían no solo las figuras sobresalientes del movimiento comunista cubano, como Marinello, Aníbal Escalante y Mirta Aguirre, sino otros intelectuales y artistas, entre ellos Enrique Serpa, Manuel Bisbé y Juan José Sicre, e incluso, paradójicamente, algunos políticos en ningún modo simpatizantes de la ideología marxista, como Raúl de Cárdenas, Gustavo Cuervo Rubio y Guillermo Belt. Por aquel tiempo la Sra. Chegodaeva, Encargada de Relaciones Culturales de dicha Legación, ofrecía conferencias en el Lyceum y Lawn Tennis Club y en otras instituciones.

Más allá de estas y de otras omisiones, la presente obra cuenta con no pocos méritos, entre los que se encuentra la acertada descripción que hace de la ya reducida colonia rusa existente hoy en nuestro país. No oculta las penalidades que ha conocido a partir del derrumbe soviético y enumera algunas de las limitaciones, comunes también a los cubanos, que sufren los rusos “residentes permanentes”. Esa imagen actual sirve para cerrar por el momento el estudio de aquel proceso migratorio de Rusia hacia Cuba, nación a la cual, curiosamente, los autores siguen llamando con el viejo epíteto acuñado en la época del inmovilismo soviético: La Isla de la Libertad.

